

HISTORIAS MÍNIMAS

La vitalidad de un recuerdo hermoso

The Vitality of a Beautiful Memory

Mari Carmen Díez Navarro*

Recibido: 12 de junio de 2025 Aceptado: 3 de julio de 2025 Publicado: 31 de julio de 2025

To cite this article: Díez Navarro, M.^a C. (2025). La vitalidad de un recuerdo hermoso. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 6(2), 266–271. <http://dx.doi.org/10.24310/mar.6.2.2025.22014>

DOI: <http://dx.doi.org/10.24310/mar.6.2.2025.22014>



Mari Carmen Díez Navarro

RESUMEN

Una excursión escolar se convierte, casi por azar, en el escenario de un nacimiento animal. Un grupo de niños y niñas de Educación Infantil presencia el parto de un antílope y, con él, el asombro de la vida que comienza. Lo vivido se transforma en silencio atento, preguntas, juegos y conversaciones que perduran. Esta crónica emocionada recoge la memoria de una maestra que, al recordar, reafirma la belleza y la potencia educativa de lo inesperado.

Palabras clave: infancia; asombro; belleza; experiencia

ABSTRACT

A school field trip becomes, almost by chance, the setting for an animal birth. A group of young children witnesses the delivery of an antelope and, with it, the wonder of life beginning. What they experienced turns into quiet attention, questions, play, and lasting conversations. This heartfelt account preserves the memory of a teacher who, in recalling the moment, reaffirms the beauty and educational power of the unexpected.

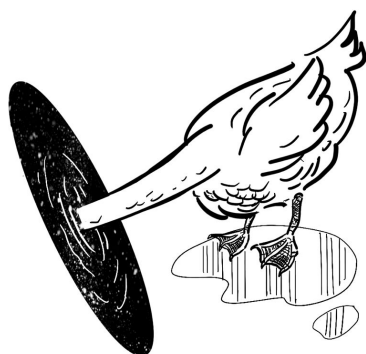
Keywords: childhood; wonder; beauty; experience

Esta tarde, sin saber ni cómo, ni por qué, me he sentido fuertemente invadida por un recuerdo. Ocurrió en una excursión a un parque zoológico al que habíamos planeado ir porque estábamos investigando sobre los búfalos y allí había una manada que los niños podrían ver al natural. Este era el plan inicialmente, pero al entrar en el parque, el portero nos avisó en tono de gran novedad de que “el antílope estaba a punto de criar” y, que, si queríamos ver el alumbramiento, solo teníamos que ir hasta la puerta de su cabaña y mantenernos en silencio.

*Mari Carmen Díez Navarro

Maestra de Educación Infantil y psicopedagoga

<http://carmendiez.com>



Decidimos aprovechar la oportunidad de que los niños presenciaran el parto de un animal grande, un acontecimiento insólito que podía ser significativo para ellos. Así que les anunciamos que íbamos a ver parir a un antílope y les pedimos que no hicieran ruido porque tener una cría es algo que requiere de esfuerzo y concentración.

Cuando llegamos al sitio vimos que la mamá antílope estaba acompañada por el veterinario, que nos hizo un amable gesto de bienvenida y otro de silencio. Entre susurros, nos invitó a sentarnos en el suelo, frente a la alambrada, y nos dijo que estaría presente por si hiciera falta su ayuda, pero que, generalmente, las mamás antílope lo hacían todo solas. Su actitud serena nos infundió confianza. Efectivamente él se situó a unos metros del antílope, así que nos dispusimos a aguardar juntos la llegada del bebé.

Mientras esperábamos, vimos que por el camino se acercaba una fila de niñas uniformadas con dos monjas delante y dos detrás. Al llegar donde estábamos nosotros, uno de los niños les informó, ilusionado, de que “enseguida iba a nacer un bebé antílope”. Pero, asombrosamente, en lugar de acompañarnos a recibir al que iba a nacer, lo que hicieron fue irse corriendo ante nuestra mirada perpleja, perdiéndose algo que probablemente no volverían a tener ocasión de ver en toda su vida.

Unos momentos después, la madre antílope se puso de pie y recorrió repetidas veces de una parte a otra el espacio que había frente a su cabaña. Hizo también unos ruidos muy raros. Parecía nerviosa. Y, de pronto, expulsó una especie de paquetito blanco que nada más caer al suelo, se empezó a remover. ¡Era el bebé! La madre acudió rápidamente y, a mordisco limpio, fue quitando las capas de piel y grasa que envolvían a la cría. Cuando los niños vieron esto exclamaron con agobio: “¡Que se lo va a comer!”, “¡Lo muerde!”, “¡Quiere comerse a su bebé!”.

El veterinario chistó pidiendo silencio y justo entonces pudimos ver al pequeño antílope, mojadito y mareado, probando a desplegar sus diminutas patas para ponerse de pie. Como no conseguía plantarse, la madre, que estaba muy atenta, le dio unos certeros golpes con la cabeza para enderezarlo. Ahí otra vez se sobresaltaron los niños: “¡Le está pegando!”, “¡Le da golpes!”, “¡Le va a hacer daño!”.

Pero no era eso, lo que estaba haciendo era animarlo para que caminara. Entonces el recién nacido se puso de pie y empezó a dar sus primeros pasitos tambaleantes. Fue un instante mágico, todos nos emocionamos. Se escuchaban comentarios inolvidables:

- “Yo no sabía que nacer era así”.
- “A mí me daba miedo que la madre se lo comiera”.
- “Qué listo ha salido el bebé, sabe hasta andar”.
- “Qué guapa es la madre, tiene los ojos muy grandes y lo ve todo”.

Al rato de haber parido, la antílope echó un segundo paquetito y los niños pensaron que era otra cría. El veterinario nos dijo que era la placenta. La madre se la comió en unos cuantos bocados y luego se dispuso a limpiar a su cría con grandes lametones. Quedó reluciente. Por último, se le colocó delante como invitándola a mamar. ¡Otro momento entrañable!

Parecía increíble que hubiera habido un parto allí mismo. Todo estaba tan limpio, la madre iba caminando orgullosa y erguida con su cría al lado y a cada dos por tres se paraban a mamar ante las extasiadas miradas de su rendido público. El veterinario se acercó a los niños y les valoró lo bien que se estaban portando. Ellos le preguntaron si el bebé era chico o chica.

- “Ha sido un machito muy sano y muy fuerte”.
- “¿Y cómo se llama?”
- “Aún no le hemos pensado un nombre, pero eso da igual, la madre y el hijo se reconocen por el olor y eso es más importante que el nombre para un animal”.

Con tantas emociones nos olvidamos por completo de los pobres búfalos. Un acontecimiento como el que habíamos vivido ocupó completamente el interés de niños y mayores. Solo en el recorrido que hicimos después de comer por el parque les nombré a los búfalos mientras pasábamos cerca de ellos, ¡qué menos! Ya habría tiempo de continuar aprendiendo sobre su vida y sus costumbres, si aún había ganas.

“Lo cierto es que esa mañana estuvimos inmersos en un suceso vital tan rompiente y maravilloso que no podíamos hablar de otra cosa”



Lo cierto es que esa mañana estuvimos inmersos en un suceso vital tan rompiente y maravilloso que no podíamos hablar de otra cosa:

- ¿Salen también así los bebés de nuestras madres?
- ¿Y los bebés de los delfines?
- ¿Y los de los caballos?
- ¿Y los de los búfalos?
- ¿Y los de las moscas?
- ¿Por qué no ha venido el papá del bebé antílope a verlo nacer?
- ¿Por qué era blanco el paquetito donde estaba el bebé?
- ¿Cómo es que ya andaba si acababa de nacer?
- ¿Por qué la madre lo chupaba por todas partes?
- ¿Por qué lo mordía?
- ¿Por qué no se quedaron las niñas que llevaban el lazo rojo?
- Yo no quería que esto acabase nunca.

A partir de ese día la manera de nacer de los animales y de las personas fue una conversación recurrente en nuestra clase, como un estribillo. Hicimos venir a Tania, la mamá de Rocío, que es veterinaria, a explicarnos las dudas. Vimos libros y vídeos sobre el tema. Dramatizamos una y otra vez la escena del parto. Hicimos una encuesta para saber cómo habíamos nacido los que formábamos parte del grupo y hablamos muchísimo sobre ello.

A las familias les escribimos un resumen de los acontecimientos sabiendo que los niños se los contarían cumplidamente. Queríamos que supieran los criterios que nos habían movido a mostrar a los niños una maternidad tan singular e inesperada. Nadie protestó, más bien todos agradecieron la circunstancia y su aprovechamiento. En la reunión de padres explicaban las reacciones de sus hijos en casa, ponían en común sus preguntas y reflexiones, se reían ante la buena suerte compartida.

En el grupo de maestros hubo también un análisis de la situación. Algunos compañeros nos preguntaron cómo es que decidimos llevar a los niños a ver el parto del antílope si podía haber sido desagradable o violento para los niños y podían haberse asustado. Los maestros implicados comentamos que no nos costó decidirlo, porque nos pareció una gran riqueza que los niños tuvieran un hecho

tan natural y significativo al alcance de sus ojos y, además, estando en compañía de los compañeros, con sus maestros y un veterinario cerca para resolver dudas si las hubiera. La verdad es que nos entusiasmo la idea y no nos pareció nada aventurada, atrevida o peligrosa. Además, si hubiera habido algo que hubiera supuesto preocupación o susto, siempre podríamos habernos ido.

Así que, puestos a valorar, valoramos bien nuestra actitud que miraba el hecho como una riqueza a disfrutar, que tuvo confianza en los niños y su capacidad de aprender y comprender, que no temió la reacción de las familias, ni las posibles críticas. Quizás la huida precipitada de aquellas niñas del lazo rojo guiadas por sus maestras de la toca negra nos reafirmó en quedarnos allí y presentar a los niños, sin miedo y con alegría, cómo viene la vida al mundo.

Mientras he ido contando el suceso creo que he entendido por qué se me ha venido ahora tan vívidamente al pensamiento este asunto del parto del antílope. Estoy leyendo un libro de Michèle Petit, antropóloga e investigadora de las infancias, las lenguas, los libros y las culturas. El texto se llama “Los libros y la belleza” y contiene mucha delicadeza y mucho saber. Transcribo dos párrafos de los tantos que me han impresionado y que probablemente me han hecho recordar esto que cuento:

“La mayoría de los niños son sensibles, desde muy pequeños a la belleza, como observa Gilbert Diatkine. Son sensibles a la melodía de la voz, a los ritmos de la música y de los gestos, pero también a la belleza visual. Y el primer paisaje que los deslumbra es el rostro de su madre —o del adulto que los cuida—. Para Melzer, la sensación de la belleza vendría, incluso, de esa emoción que siente un bebé cuando ve ese rostro que lo comprende. Entonces la criatura se pregunta si es tan hermoso por dentro como por fuera. El deslumbramiento que experimentamos ante las obras de arte derivaría de ese primer deslumbramiento perplejo, y a veces ansioso, que siente el bebé frente al rostro de la que lo cuida. En la belleza posterior, existiría la posibilidad de volver a encontrar ese objeto perdido.”

“La belleza está relacionada con el cuerpo, con el disfrute. Y si tiene ese potencial transformador y, además, esa capacidad de sintonizarnos con lo que nos rodea, también está relacionada con la pura alegría de existir.”

“La belleza está relacionada con el cuerpo, con el disfrute. Y si tiene ese potencial transformador y, además, esa capacidad de sintonizarnos con lo que nos rodea, también está relacionada con la pura alegría de existir.”



Creo que la dimensión del hecho que he relatado no solo despertó el interés de los niños porque desvelaba unos saberes propios de un momento evolutivo donde se desea curiosear en los grandes temas de la vida: nacer, crecer, morir..., sino que en él emerge fuertemente una impregnación muy honda en la belleza que consigue encender, atrapar y conquistar a niños y mayores en torno a la hermosura que conlleva el parto de un ser vivo.

Quizás en mi transmisión no he incidido suficientemente en este aspecto, como si ello fuera un desliz, como si revelara un sentimiento personal, íntimo, secreto. Como si exponer mis sensaciones ante la belleza de aquel acto, fuera un modo de mostrar cómo siento yo determinado tipo de placer especial, más cercano al centro de mi ser que otro tipo de placeres de índole ligera o superficial.

Si lo intento, diría que aún puedo sentir con mucha emoción el aire de aquella mañana, rodeada por el bullicio de los niños, por sus manos pequeñas, por sus risas y su radiante alegría que quedó en latencia cuando guardaron silencio, cuando miraron con profunda atención, cuando expresaron con sus grititos y sus palabras sobresaltadas: “yo no sabía que nacer era así”. Y mi propio latido ilusionado al ver a la cría probando a levantarse, a caminar, a mamar, a arrimarse a una madre que le mordía, le golpeaba y le chupaba convencida de que tenía que hacerlo así, como si se hubiera estudiado la lección, como si supiera cuál era su tarea vital en cada instante del trance.

Todo ello bajo el sol templadito, con el cielo despejado, con una fila de niñas que corrían, vestidas de azul marino y con un lazo rojo anudado en el cuello.

Una estética llena de ética. Una ética hermosa. Un sentir el acompañamiento a los niños como algo muy hondo, muy intrínseco, muy bello.

Quizás decirlo tan claro me da un poco de vergüenza. Quizás explicitar que la situación fue preciosa, además de ser pedagógicamente coherente, me destapa en exceso. Quizás momentos como este que he descrito denotan una fragilidad subjetiva y hasta parece que le quitan mérito a hablar de educación, de calidad, de pedagogía a lo grande.

Sin embargo, creo que en lo humano tanto están la belleza, como el pensamiento. Y tengo que hacer sitio a ambas cosas, porque las siento muy más.